

LA PARABOLA DEL AMIGO DE LA MEDIANOCHE



“Les dijo también: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos? Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite. Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan? (Lucas 11:5-13)



LA PARABOLA DE LA VIUDA Y EL JUEZ INJUSTO

“También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:1.8)

LA PERSISTENCIA EN LA ORACION

(Lección 10)

Jesús debió de haber dicho algunas parábolas acerca de la oración, pero éstas dos son las únicas apuntadas que tratan específicamente con el tema de la oración. Las dos se encuentran en el Evangelio de Lucas. Según Lucas las dos parábolas fueron dadas en distintas ocasiones, pero obviamente cada una destaca las lecciones de la otra.

La parábola del amigo de la medianoche

La Parábola del amigo de la medianoche es un cuento sencillo tocado con un poco de humor. Un viajero llegó a casa de un amigo muy de noche. Fue bienvenido, pero como su llegada fue inesperada, no había comida para darle. Fue muy vergonzosa la situación, porque la hora era tarde, y no se podría obtener nada en el mercado. Entonces el anfitrión fue de prisa a la casa de un amigo. Golpeó la puerta y llamó a su amigo que estaba adentro, explicándole su problema. Pero su amigo no quería sufrir molestias. Claro, es fácil ver por qué no quiso levantarse. En Palestina la mayoría de la gente era pobre y muchas casas eran chozas de un solo cuarto. La casa se construía en el suelo, con barro trillado por piso. Los animales usualmente se mantenían adentro para protegerlos del tiempo y posiblemente del robo. En una parte de la casa, una plataforma era alzada sobre el piso, en soportes. En ese piso alto era adonde la familia cocinaba, comía y dormía juntamente. Con razón, entonces, el hombre no quiso levantarse porque molestaría a toda la familia. Pero el anfitrión, desesperado, continuó golpeando la puerta de afuera. Pronto, era obvio, si el dueño de casa quería que la familia descansara, no había más que levantarse, dejar entrar al hombre y darle lo que quería.

La parábola de la viuda persistente

La otra parábola, la Parábola de la viuda y el juez injusto, es muy parecida. Había una viuda en una ciudad, que se quejaba contra una injusticia que se le hacía. En la misma ciudad había un juez que no respetaba ni a Dios ni a hombre. El juez probablemente era romano porque un solo hombre no podía constituir una corte judía. La viuda seguía viniendo al juez a hacer su plegaria; mientras, él se hacía el sordo. Puede ser que el juez, como Félix (vea Hechos 24:26), estaba demorando la situación, esperando un soborno. Pero la mujer no tenía nada, y todo lo que podía hacer era seguir molestando y fastidiando al juez hasta que él la satisficiera.

Tres lecciones en la oración

Tomadas juntas, las parábolas gemelas, nos enseñan mucho en cuanto a la oración. Naturalmente no tratan de todo lo relacionado con la oración, sin embargo, de estas parábolas, ciertas lecciones claras son significantes.

1. La responsabilidad de la oración. Jesús enseñó que la oración es una obligación. El primer punto de la Parábola de la viuda y el juez injusto trata de “la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1). Otra manera de señalar esto sería diciendo que los hombres “deben” orar. ¿Por qué volvió la viuda al juez vez tras vez? Porque tenía una necesidad urgente. ¿Y por qué corrió el hombre a despertar a su amigo a medianoche? Porque estaba con necesidad y no sabía a dónde más ir. Los hombres tienen que orar, porque como la viuda y el anfitrión están necesitados de algo que no pueden proveer ellos mismos.

Lucas preserva la escena hermosa que nos lleva a la Parábola del amigo de la medianoche (Lucas 11:1-4). Jesús estaba orando en cierto lugar, y uno de los discípulos viene a él y le dice: “Señor, enséñanos a orar como tú oras.” La oración no les era una cosa desconocida. Pero cuando vieron y oyeron a Jesús orar, era como si nunca hubieran oído una oración antes. Lo que tenían las oraciones de Jesús era lo que querían que tuvieran sus oraciones.

Es interesante notar cómo Lucas, el único autor que apuntó estas dos parábolas de la oración, señala la devoción que tenía Jesús para la oración. Las grandes ocasiones del ministerio terrenal de Jesús fueron introducidas por la oración. Está el bautismo de Jesús. Lucas es el único que menciona que Jesús estaba orando cuando el Espíritu Santo descendió sobre él (Lucas 3:21). Sólo Lucas nos informa que Jesús continuó toda la noche en oración antes de escoger a los doce apóstoles (Lucas 6:12,13). Otra vez, es Lucas quien nos informa que la gran confesión en Cesarea de Filipo fue acompañada por oración (Lucas 9:18). Y solamente Lucas señala que Jesús estaba orando a la hora de su glorificación en el Monte de la Transfiguración (Lucas 9:28). La imagen de Jesús como hombre de oración fue preciosa para Lucas y la iglesia primitiva. Si Jesús necesitaba de la oración, si la iglesia primitiva necesitaba de la oración, no necesitamos menos hoy en día.

2. Los requisitos de la oración. En las ilustraciones parabólicas del anfitrión y de la viuda, Jesús da, en forma de cápsula, algunos de los requisitos básicos o condiciones de la oración efectiva. Primero, una oración debe ser directa y definitiva. El anfitrión fue directamente a su amigo, y la viuda fue directamente al juez. Cada uno hizo un pedido personal. La oración es personal e individual. Es un encuentro de personas en la soledad del aposento (Mateo 6:6). Es la entrada confidente al trono de gracia (Hebreos 4:16). La oración además debe ser definitiva. El pedido del anfitrión fue definitivo: “Amigo, préstame tres panes.” No pidió cosas en general, fue específico. Nuestras oraciones deben ser igualmente específicas. Cuando oramos tratamos demasiado con generalidades. En verdad, nuestras oraciones son tan generales que se pueden aplicar a casi cualquier ocasión. Esta es una razón por la que son, con frecuencia, meras fórmulas. Si fuéramos más específicos en la oración, no seríamos tan aptos en recitar frase tras frase que no tienen sentido para nosotros. En vez de reconocer que somos un pueblo bendito, debiéramos enumerar nuestras bendiciones y dar gracias a Dios por ellas, una por una. En la misma manera debiéramos detallar nuestros pecados, absoluta, literal y gravemente confesándoselos a Dios. Podemos y debemos ser francos al hablar con Dios.

Una oración tiene que ser sincera. En las parábolas, el anfitrión y la viuda, fueron sumamente sinceros en sus peticiones. La oración, por su misma naturaleza, tiene que venir del corazón. Posiblemente fue esto lo que admiraron tanto los discípulos en las oraciones de Jesús. Sus oraciones eran abrigadas con sentimiento, eran la expresión de deseos intensos. La oración en Getsemaní fue tan franca que “era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44). Jesús no entraba en la oración irreflexivamente. Para él era una experiencia emocionante; una fuerza, en su vida, para el bien.

Hay buenas razones por las cuales la oración eficaz depende de la sinceridad verdadera. ¿Qué padre se sentiría obligado a dar un regalo a su hijo cuando sabe que a su hijo no le importa mucho si recibe o no? Tampoco Dios queda impresionado cuando pedimos rutinariamente por las cosas que realmente no queremos. Por otro lado, Dios sabe que cuando venimos a él con un pedido de urgencia, haremos todo lo posible para lograr el cumplimiento de la oración. Y eso es exactamente lo que Dios quiere, porque él no puede contestar nuestras oraciones si no estamos dispuestos a ayudar. Podemos orar por los enfermos y afligidos y pobres, ¿pero de qué vale la oración si no estamos dispuestos a ayudar a aquéllos por quienes oramos? Podemos orar por la salvación de las almas en todo el mundo, pero ¿contestará Dios la oración mientras nos quedamos sentados y pereciendo con los brazos cruzados? Dios no oirá a menos que sea una oración de fe y, si es una oración de fe, nos demandará mucho esfuerzo de cooperación. A menos que una oración se pronuncie con gran seriedad no es oración.

La oración debe ser persistente. Esto es el punto principal de las parábolas. El anfitrión, aunque era muy de noche, le llamó a la puerta de su amigo hasta que por fin contestó. La mujer siguió molestando al juez hasta que por fin le hizo justicia. Así Jesús dice: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.” Es decir, interpretando el sentido completo de estos verbos, continúe en buscar, continúe en llamar —y la respuesta seguramente vendrá—. No es que hay que mendigarle a Dios. La verdad importante de las parábolas es, sin embargo, que si los hombres pueden recibir lo que quieren por un mendigar sinvergüenza, ciertamente un Padre celestial amante concederá los pedidos de sus hijos.

3. Las recompensas de la oración. En estas parábolas vemos que la oración sincera será recompensada. El anfitrión no se retiró manivació de la puerta de su amigo; ni la viuda continuó sufriendo el abuso de su enemigo. Sus esfuerzos fueron premiados. Dios siempre recompensa la oración verdadera, y su recompensa es abundante. Esto se ve claramente en el contexto de la Parábola del amigo de la medianoche. El pasaje dice: “Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué padre

de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que lo pidan!” La expresión “cuánto más” es muy importante. El punto es éste: si los hombres responden cuando se les pide algo, ¡cuánto más dará Dios buenas cosas a los que le piden! (El mejor regalo de todos que es el Espíritu Santo.) Estas parábolas enseñan, entonces, que Dios da bendición sobre bendición a los que le hacen peticiones sinceras.

A pesar de esto es verdad que no todas las oraciones reciben contestación. A despecho de la imploración de David, su hijito murió (2ª Samuel 12:15-24); no obstante la oración de Pablo, su “aguijón en la carne” no fue quitado (2ª Corintios 12:7-9). El hecho es que si Dios verdaderamente es un Padre sabio, mientras él sea el Soberano Supremo del universo, habrá ciertas cosas por las cuales pedimos que no pueden ser concedidas. La experiencia nos indica la certeza de esto. Posiblemente hoy estemos orando por algo que es directamente opuesto a lo que pedimos hace un año. No pocas veces nos encontramos agradeciéndole a Dios porque no nos contestó alguna oración del pasado. Esto pasa porque no podemos ver el futuro. No entendemos el pasado, y sólo sabemos poco del presente. Sólo Dios sabe todo lo que pasa. Por eso, la oración perfecta es el derramamiento de un deseo fuerte e intenso, pero con la resignación humilde: “No la voluntad mía, sino la tuya.”

PREGUNTAS

1. Al estudiar los contextos, dar el propósito de cada uno de estas dos parábolas de la oración. ¿En qué son parecidas? ¿Hay diferencias básicas entre las dos?
2. ¿Es significativo que estas dos parábolas son presentadas solamente por Lucas? Hacer un estudio de la oración en el Libro de Lucas, apuntando otros pasajes de los mencionados en la lección.
3. ¿En qué sentido es la oración una responsabilidad? ¿Cómo es un privilegio también?
4. ¿Piensa que la oración normal es muchas veces vaga y general? ¿Cómo se puede vencer esto?
5. Discutir la importancia de la sinceridad en la oración. En conexión con esto, estudiar los pasajes siguientes: Santiago 1:6; Mateo 21:22; Marcos 11:24; Juan 15:7; Romanos 10:1.
6. En estas parábolas sólo se han considerado algunos de los requerimientos para que la oración sea aceptada por Dios. Nombre otros de los requerimientos que se enseñan en las Escrituras.